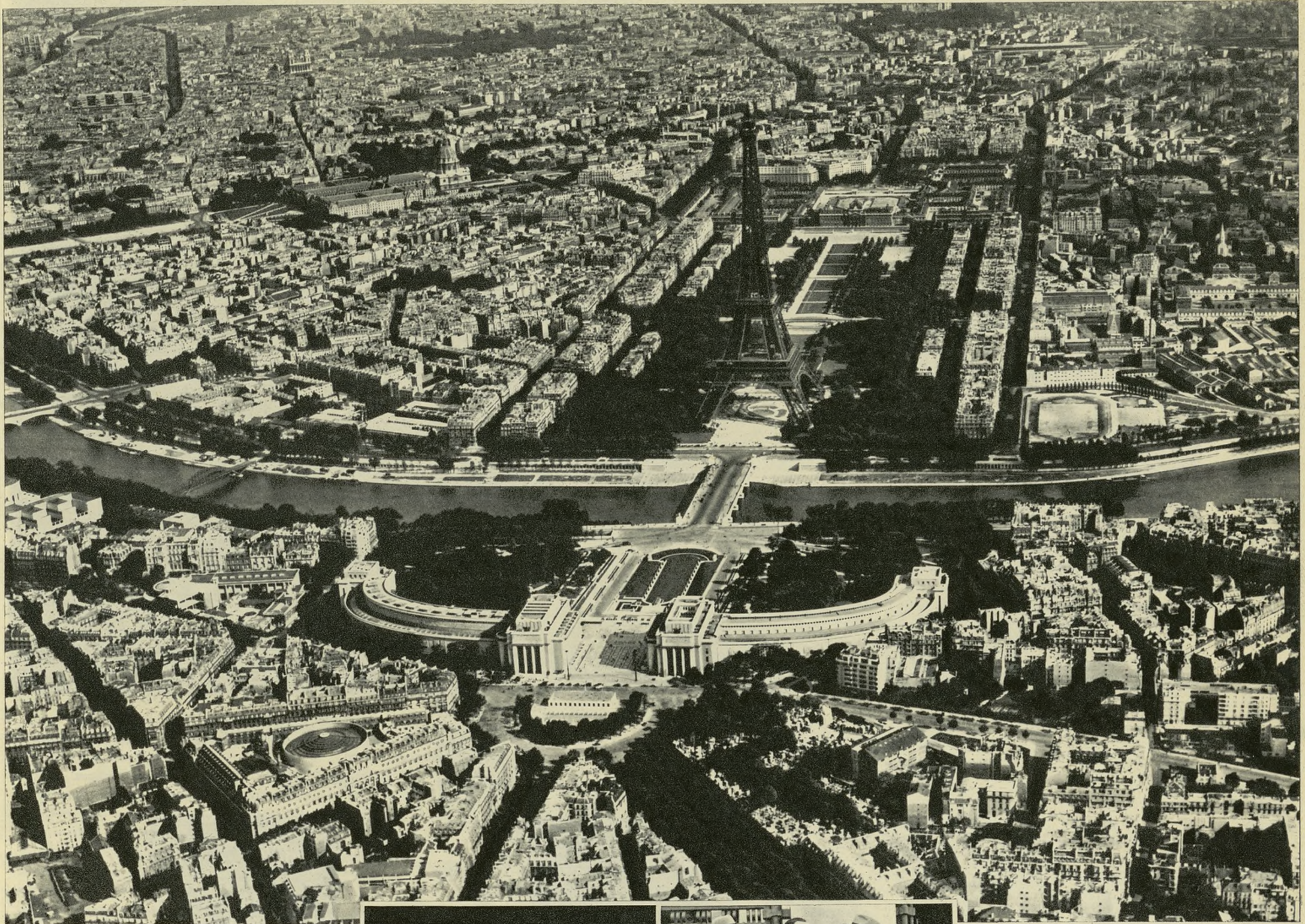


# HISPANOAMERICANOS



El embajador argentino Dr. Arce, antes de empezar una sesión, charla familiarmente con un grupo de periodistas. A su izquierda, D. Angel Las Heras, especializado en cuestiones hispanoamericanas en la Associated Press.

D. Guillermo Belt, que acaba de dejar su puesto de delegado permanente en la O. N. U. para concentrar sus actividades en su puesto de embajador de Cuba en Washington, dialoga con un sacerdote, delegado anglosajón.

Carlos Sentís es una de las revelaciones del periodismo de la postguerra española. Nadie como él, tampoco, ha viajado tanto en los últimos diez años ni ha estado presente en tantos acontecimientos periodísticos. Cruzó el África con los ejércitos aliados, como corresponsal de diversos periódicos españoles; asistió, desde Argel, a los preparativos del desembarco en Italia; fue invitado al proceso de Nuremberg... Su experiencia de la O. N. U. es completa, puesto que fue testigo y agudísimo comentarista de sus reuniones durante los años 1946, 1947 y 1948, en Nueva York. Últimamente, asistió como enviado especial de la Agencia Efe a la Asamblea General de París. Del estilo directo, agudo y ágil de Sentís es buena muestra este trabajo, escrito expresamente para MUNDO HISPANICO, sobre los debates —que él presenció— en torno a la adopción del español como idioma de trabajo de la O. N. U.

La Asamblea General de la O. N. U. que se acaba de celebrar en París, convertida en sólo una primera parte por el hecho de haberse convocado una nueva reunión de la misma para el 1.º de abril en Nueva York, ha sido considerada como la más larga, penosa e infructuosa de todas las reuniones anuales de la organización internacional nacida en San Francisco. Ochenta



Arriba: Fotografía, tomada desde un avión, del espléndido Palacio Chaillot, que corona la colina del Trocadero, frente a la Torre Eiffel, al otro lado del Sena.—Abajo: El delegado cubano, Sr. Guerra, sale del Palacio Chaillot en animada conversación con dos delegados haitianos.

El embajador argentino, hoy presidente de la Unión Panamericana, D. Enrique Corominas, una de las personalidades más destacadas de la O. N. U., pone toda su atención en unas explicaciones que le da el cubano don Guillermo Belt.

ta y dos días de debates no dieron otro resultado que la aprobación, a última hora, de la declaración de los derechos humanos y la condenación del genocidio.

El escasísimo balance de estas sesiones de París proporciona amplio pie a todos los que juzgan con pesimismo la suerte de la Organización que vino a sustituir la difunta Sociedad de Naciones ginebrina. No neutraliza esta sensación pesimista un acuerdo, puramente de régimen interior, que nosotros comentaremos hoy con la satisfacción y el optimismo merecidos.

En los últimos días de la Asamblea General de París tuvo lugar el enconado debate sobre la incorporación del idioma español como idioma de trabajo, el final del cual proporcionó a los países de idioma español un éxito tanto más rotundo cuanto que los mismos adversarios trasladaron el tema al terreno de la política. Las enormes posibilidades políticas del sistema hispanoamericano—que en París fué árbitro en más de una ocasión—se pusieron muy de mani-

## EN LA O.N.U.

# HISPANOAMERICANOS EN LA O. N. U.



Los tres embajadores argentinos, que tanta brecha internacional han abierto a favor de su país. Casi siempre vestido de oscuro con corbata clara, el sonriente Bramuglia, quien, como presidente del Comité de Seguridad, fué árbitro en París del grave y trascendental problema de Berlín. En el centro, Enrique Corominas, quien, hoy, desde la Presidencia de la Unión Panamericana, interviene en los problemas centroamericanos. Ambos atienden con buen humor al vehemente Dr. Arce, siempre incisivo como buen cirujano.

El delegado peruano, Dr. Fernando Berckemeyer, toma el tímido sol otoñal de París en la puerta del Palacio Chaillot.



fiesto durante este debate en la Asamblea General.

Sobre la mesa de la reunión plenaria, esta cuestión llegó con un pie vencido. En efecto, la proposición llamada chilena, pero que iba firmada también por Bolivia, Haití, Perú, Méjico, Filipinas y Uruguay, había sido derrotada—aunque por el margen de un solo voto—en el Comité Quinto.

Mal precedente constituía esta votación ante una reunión plenaria que, dada su situación de lucha con el tiempo y contra el reloj, podía buscar el camino fácil de refrendar un anterior acuerdo, tomado después de un debate bastante completo en el seno de la Comisión.

Pero no fué así. Los países hispano-americanos, con Filipinas, constituyeron un bloque del que no se sabía si era más impresionante lo compacto de su estructura o el conjunto de razones de todo orden que daban, uno tras otro, los distintos oradores que se alternaron en la tribuna defendiendo la inclusión del castellano como idioma de trabajo.

Quizá es oportuno recordar aquí que, hasta entonces, los idiomas propiamente de trabajo eran sólo dos: el inglés y el francés. Luego había tres idiomas más, utilizados en las traducciones llamadas simultáneas, gracias al sistema—maravillosa técnica—de los aparatitos receptores portátiles o de los traductores sobre la marcha. Estos idiomas que se sumaban a los otros dos eran el español, el ruso y el chino.

Por consiguiente, de lo que se trataba era simplemente de hacer pasar el idioma español, de idioma oficial que ya era, a «idioma de trabajo». Esto no sólo quiere decir que todos los textos tendrán ahora que ser publicados también en español—cosa utilísima para muchos delegados—, sino que al pasar el español a ser idioma de trabajo, adquiere un rango internacional que hasta ahora se le había negado. Este problema de prestigio, más que toda otra cosa, es el que estaba en la base del problema.

Las huestes en lucha se alinearon, durante los días enteros que duró este debate, de manera regular y hasta prevista.

Los anglosajones y rusófilos alegaban contra la proposición el «pobre» argumento de que la utilización del español sería, económicamente, gravosa o cara, porque se tendría que hacer una nueva tirada de documentos impresos, emplear más personal, etc., etc. Por su parte, los hispano-americanos—con Filipinas—se quejaban amargamente de que se alegaran razones financieras cuando se estaban gastando verdaderas millonadas en otros montajes, millones que, por cierto, contribuían a pagar los diecinueve Estados de idioma español miembros de la Organización de las Naciones Unidas. Los rusos se opusieron en el Comité, amenazando con reclamar iguales derechos para el ruso, debido a que millones de seres humanos hablan este idioma. Parecida razón de la sinrazón arguyeron los chinos. ¿Pero es que en la organización de las Naciones Unidas hay diecinueve Delegaciones de habla rusa? ¿Pero es que en la O. N. U. hay diecinueve Delegaciones de países de habla china?

Uno de los oradores hispano-americanos que más fuego pusieron en el debate fué don Joaquín Fernández, de Chile, quien habló de la «España inmortal» que llegó hablando español a un Nuevo Mundo del que ahora todo el viejo pretende vivir.

Le sucedió otro fogoso orador, al que yo oí, durante muchos días consecutivos, en Nuremberg, donde actuó como fiscal en el famoso proceso: sir Harley Shawcross. En nombre de la Gran Bretaña pronunció un discurso muy en contra, aunque no lo hizo sin intentar hacérselo perdonar con grandes elogios al prestigio y calidad del idioma castellano.

El delegado de Filipinas, general Rómulo—quien, por cierto, acostumbraba a utilizar el inglés—, defendió en castellano, y muy bien, la proposición chilena. El delegado de Haití—un negro de azabache, elegante y simpático—, en francés, defendió igualmente la proposición.

Ambos hablaron antes del delegado neozelandés—contrario—, el cual repitió los argumentos del inglés. No creo que sea molesto para nadie decir, sin embargo, que, personalmente a mí, el que más me gustó fué el discurso del delegado del Uruguay, señor Fernández Fabregat. Y no por el primer período de su pieza, dedicado a la defensa del castellano en su aspecto cultural y político, sino más bien por la segunda parte, durante la cual, dirigiéndose al secretario general, Trygvie Lie—que, como el presidente, estaba sentado a su espalda—, pronunció una pequeña requisitoria. Protestó bastante enérgicamente contra el número ridículo de veces con que se daban documentos en castellano—y para eso no hacía falta que fuese idioma de trabajo—, e incluso señaló defectos demostrativos de la poca atención que para el castellano se tenía en la organización de los consabidos aparatitos de versión simultánea. La requisitoria de Fernández Fabregat fué captada en todo su valor por el presidente Evatt.



Algunas veces los escaños de los países hispanoamericanos de la O. N. U. se alegran con la presencia de distinguidas señoritas.

Fué el día 7 de diciembre, sin embargo, cuando tuvo lugar la sesión decisiva y la votación que dió el triunfo al idioma castellano.

Aquel día las cosas se pusieron al rojo vivo, como ocurre tan a menudo cuando de cosas hispanas se discute por gentes de otras razas y lenguajes. Las posiciones, en dicha jornada, quedaron muy definidas y marcadas. A continuación voy a presentar, ordenadas, estas distintas posiciones:

En primer término, la Gran Bretaña, que supo lanzar al palenque, una y otra vez, a su mejor fiscal de exportación, míster Shawcross. En segundo término, la U. R. S. S., cuyo delegado llegó a desesperar positivamente al presidente Evatt y a toda la concurrencia con su insistencia y su obstruccionismo infatigables. En tercer lugar, los belgas, que, a menudo, son escudo de los franceses y lanza del «Benelux». En cuarto lugar estuvo la resistencia pasiva de los norteamericanos y franceses, que votaron en contra; pero los segundos sin hablar y los primeros hablando una sola vez, para explicar su voto y hacer recaer la responsabilidad de su posición sobre el informe del secretario general. El secretario general quizá no debería figurar tan abajo en esta lista de prelación. Los franceses, discretos en el hablar, aunque no en el votar, devolvieron de curiosa manera los discursos y los votos en favor del idioma francés—para incluirlo como lengua de trabajo—de casi todos los hispano-americanos durante la Conferencia de San Francisco de California.

Debo decir que sin la habilidad del representante mejicano, señor Padilla Nervo, que a última hora presentó una enmienda, consiguiendo que ésta se votase primero que la recomendación elevada a la Asamblea General por el Comité Quinto, es posible que la batalla se hubiera perdido. El encarnizamiento del delegado soviético «cosechó» votos contrarios y realizó una magnífica propaganda en contra suya entre los países árabes y algún otro, como Etiopía, que, en definitiva, hicieron caer la balanza hacia la mayoría de treinta votos a favor contra veintiuno adversos y siete abstenciones.



Un grupo de mejicanos. A la izquierda, de perfil, el delegado Sr. Padilla Nervo, cuya intervención en el debate sobre el idioma español fué tan inteligente como decisiva.

El delegado del Uruguay Sr. Fernández Fabregat, quien pronunció un magnífico discurso en defensa de la inclusión del idioma español como lengua de trabajo.



El equipo ruso —siempre compacto— sale de Chaillot rodeando a Vichinsky, quien nos muestra su perfil.



La enmienda mejicana fué algo diversiva en relación con la proposición primitiva, pero en nada cambió la envergadura de ella. Convirtió la cosa en algo indirecto, al decir que se modificara el artículo 44 del Reglamento de la Asamblea General en el sentido de que el español entrase a formar parte de los idiomas de trabajo, lo que, traducido en otro lenguaje, significa que el español entraba a través de una modificación de un artículo.

El caballo de batalla de los británicos fué siempre la razón financiera, como si a la O. N. U. le importaran unos dólares más o menos, dólares que, por otro lado, pagan en gran parte los hispano-americanos, y que tampoco iban a cambiar nada, en el fondo, porque, como dijo el señor Padilla Nervo, de todas formas, los hispano-americanos pensaban pedir documentación en castellano, y porque, además, no hacía falta traducir por tercera vez los discursos, existiendo, como existían, los aparatos de traducción simultánea. Si Padilla fué para los hispano-parlantes el más eficaz, Arce fué el orador más fogoso. Su indignación era simplemente la voz de la justicia cuando reclamaba «mayor honradez intelectual»—palabras textuales—a los oradores que falseaban la realidad, alegando unos gastos que no existirían. «¡Diecinueve países—exclamaba Arce—, diecinueve miembros de esta Organización se entienden en español! La tercera parte del conjunto de cincuenta países que integran la O. N. U. Además, nosotros, los argentinos, somos el décimo país en subvenir a los gastos de esta Organización.»

Los gastos, aclaro yo por mi cuenta, se sufragan por capacidad de pago, y de esta manera, Méjico y Argentina solos pagan, entre los dos, más de un millón de dólares anualmente.

El delegado polaco, Lange—una vez que, por fin, fué eliminado el delegado ruso por una votación que le había enfrentado cara a cara con el presidente Evatt—, subió a la tribuna para ensayar una moción retardatoria, es decir, mandando otra vez al Comité número 5 la enmienda mejicana, que se sumaría a otra enmienda que los rusos intentaban presentar. El polaco Lange, como el delegado ruso y como el delegado belga, que también se extrajo un proyecto de moción de su bolsillo, vieron sucesivamente eliminados sus intentos por un presidente fuerte en sus razones y apoyado totalmente por los reglamentos.

Al día siguiente de haberse aprobado en el Palacio Chaillot la inclusión del castellano como idioma de trabajo, algunos periódicos de París comentaron el hecho con melancolía. Como si significase algo contra ellos. No dieron pruebas los franceses, siempre tan inteligentes, de comprender en esta ocasión la realidad de los hechos ni dieron tampoco muestras de generosidad alguna al votar contra el castellano.

La penúltima guerra impuso el inglés como idioma diplomático, igualándolo al francés, hasta entonces único. Esta última guerra ha ascendido al castellano a la misma categoría internacional. Esta es la marcha de los tiempos. Se equivocan los franceses si creen que suspendiéndose de las agujas del reloj de la Historia podrán parar su marcha. No hay manera de parar el sol, como Josué. Y si el sol se puso sobre los territorios antiguamente españoles, no se pone, sino que brilla con más fuerza, en los actuales territorios donde se habla el idioma español.

El idioma español no se ha impuesto en la O. N. U. solamente por su calidad literaria o por sus glorias del pasado, sino precisamente por su futuro. Un futuro que es el espejo de su glorioso pasado.